Vicente en la vida colegial

ÍÑIGO DÍAZ-GUARDAMINO ECHEVERRÍA

Conocí a Vicente Cacho a finales de 1958 cuando yo, con 18 años recién cumplidos, comenzaba mi segundo año en la Facultad de Derecho de lo que sería después la Universidad de Navarra. Vicente por aquellos años, si no recuerdo mal, daba clase de Historia en la Facultad de Letras. Vivíamos los dos en el Colegio Mayor Aralar en habitaciones próximas. Iniciamos entonces una amistad que duró a través de los años a pesar de la distancia, diferencia de edad, de inquietudes, situaciones personales etc.

A pesar de poseer un carácter fuerte, Vicente tenía el don de caer simpático y, como era un gran conversador y tenía espíritu juvenil, adoraba las tertulias con los residentes, sobre todo las nocturnas. Recuerdo que en su habitación o en la de alguno de sus amigos, entre cigarro y cigarro, cuando la mayoría de los residentes se habían dado al sueño, se mantenían largas conversaciones, a veces hasta altas horas de la madrugada, en las que hablábamos de todo lo humano y lo divino: inquietudes, afanes y también recuerdos, especialmente los suyos, su juventud, sus años universitarios, etc. Nos divertía a los estudiantes su espíritu un tanto rebelde, pues se suponía que un profesor de la Universidad no debería fomentar este tipo de tertulias nocturnas que, en el fondo, iban en contra del reglamento del centro. Nos atraía mucho a los estudiantes su carácter jovial y optimista y sus comentarios que, muy a menudo, estaban teñidos de una cierta ironía e incluso causticidad diría yo. Y sobre todo, admirábamos su calidad humana, su conversación inteligente, su gran cultura y su espíritu juvenil que le permitía ponerse a nuestra altura. Como Vicente tenía entre manos en aquellos días la elaboración de su libro sobre la Institución Libre de Enseñanza y yo era aficionado a la historia, muchos días, yo diría que la mayor parte de ellos, nuestras tertulias acababan hablando de este tema. Me sorprendía, dada la mala prensa que la Institución tenía en aquellos tiempos, el cariño con el que enjuiciaba a personas y situaciones que tenían relación con ella. Guardaba especial recuerdo y hablaba con entusiasmo de las conversaciones que había mantenido con Natalia Cossío durante un verano que pasó en Inglaterra. Pero también de otros personajes relacionados con la Institución que había conocido en España o con los que había mantenido correspondencia por residir en el extranjero. Tan paso a paso seguimos la marcha de sus

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Conferencia en el Museo de Navarra, sede provisional de la Facultad de Filosofía y Letras.

investigaciones y la elaboración del libro que cuando finalmente, al cabo de los años, se publicó me dedicó un ejemplar en el que, con humor, estampó la siguiente dedicatoria: "A Iñigo Guardamino, testigo sufrido de la elaboración de este libro, con un fuerte abrazo. Vicente".

Recuerdo también que en aquellos días Vicente viajaba con cierta frecuencia a Madrid para entrevistarse con Florentino Pérez-Embid que era el director de su tesis y siempre nos traía noticias de lo que sucedía en la capital en los ambientes universitarios, culturales y políticos, que comentábamos con el interés propio de aquellos lejanos años.

Vicente fue, además, un gran animador de la vida cultural del Colegio Mayor y de la Universidad. Por sus experiencias profesionales anteriores conocía a muchos pintores y escultores y organizaba exposiciones, conferencias y conciertos de gran interés.

Otra actividad que compartí con Vicente fue el excursionismo. Era un gran andarín que recorrió buen número de cumbres navarras especialmente las pirenaicas. Recuerdo bien varias excursiones que realicé con él pero especialmente una de varios días de duración en la que cruzamos las Bardenas Reales. En aquellos días de convivencia estrecha pude conocerle mejor y comprobar su calidad humana pues era un gran compañero que siempre estaba pendiente de las penalidades de los que no teníamos sus facultades.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Finalmente, en mi último año de carrera, trasladó su residencia a Madrid con el objetivo de darle un impulso final a su libro y preparar las oposiciones a cátedra. Algún tiempo después yo también, una vez terminada la carrera, fui a Madrid para ampliar mis estudios e iniciar mi primer trabajo profesional. Nuestro contacto continuó aunque nuestras ocupaciones no nos permitían vernos con tanta asiduidad como antes. Pero una vez cada 15 días y, como mucho, una vez al mes le iba a buscar al Ateneo, en la calle del Prado, en donde en distintas ocasiones me fue enseñando con detalle y cariño los rincones de aquel vetusto e histórico edificio. También viví con intensidad las vicisitudes de sus oposiciones a cátedra.

Al cabo de algún tiempo hube de trasladar mi residencia, por motivos de trabajo, a Sudamérica pero, a pesar de ello, mantuvimos una correspondencia que duró un par de años. Todavía conservo algunas de sus cartas en las que de forma divertida e irónica me ponía al día de lo que pasaba en Madrid.

Cuando regresé a España, Vicente ya no se encontraba en Madrid y yo me fui a vivir a Bilbao por lo que nuestro contacto se interrumpió. Años más tarde supe que estaba en Barcelona y reanudamos nuestros encuentros cuando yo viajaba a esta ciudad por motivos profesionales. Recuerdo que en varias ocasiones, al acabar mi jornada, le recogía en el viejo caserón del Ateneo en la calle Canuda y almorzábamos juntos. Nuestras conversaciones se centraban en aquellos tiempos, sobre todo, en sus experiencias en la Universidad de Barcelona, los estudios que estaba llevando a cabo sobre la historia de Cataluña en el siglo XIX y su contacto con la cultura catalana de la que hablaba con gran admiración.

Cuando volvió definitivamente a Madrid todavía seguí viéndole ocasionalmente en la Fundación Ortega y Gasset y aunque en los últimos años de su vida nuestro contacto personal se interrumpió, todavía nos escribíamos por Navidad y sabíamos el uno del otro por amigos comunes.

Volviendo ahora la vista atrás veo que mi relación con Vicente de tantos años fue muy enriquecedora para mí. Me inculcó aficiones que he mantenido durante todos estos años especialmente a la historia, la del siglo XIX, y a la literatura de la Generación del 98 y Ortega. Y a pesar de su prestigio como historiador siempre conservó, en su relación conmigo, la sencillez de sus primeros años de profesor universitario junto con su calidad humana y su carácter cordial, jovial y entrañable.

Realmente ha sido un privilegio el haber podido contar con su amistad durante todos esos años.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei